

El golpe y la Academia

Víctor Meza

El golpe de Estado del fatídico domingo 28 de junio del año 2009, provocó, como ya es común decirlo parafraseando a Winston Churchill, más historia de la que el país podía consumir. Generó, a partir de la resistencia antigolpista - espontánea primero y organizada después - una dinámica política de nuevo tipo, caracterizada básicamente por la participación pluralista y abierta de los más amplios y diversos sectores sociales y políticos. Y ese carácter plural del movimiento resistente, fue precisamente la base principal de su primigenio antidogmatismo y vocación tolerante e incluyente. En eso, entre otras cosas, estuvo la clave para entender la fuerza, el sorprendente volumen y el carácter masivo y persistente de la resistencia contra el golpe.

Como fenómeno social y político, el golpe despertó de inmediato el interés profesional de muchos investigadores en el mundo de la academia. Centros de investigación y análisis en los Estados Unidos, en México, en Colombia, Argentina, Francia y hasta en la lejana Noruega, dedicaron espacio en sus agendas para analizar el golpe hondureño, valorar sus consecuencias y, sobre todo, tratar de entender sus raíces y razones. Lucía tan descabellado, tan irracional y demencial, que casi se le ubicaba en el mundo del absurdo, como si se tratara de una obra de Samuel Beckett montada a prisa y un tanto improvisadamente en el trópico subdesarrollado.

Los primeros análisis serios, es decir que fueron más allá de la apresurada – y con frecuencia desordenada – narración de los hechos, surgieron, como era de esperar, en el mundo académico. Los analistas abundaban, muchos de ellos norteamericanos, y sus juicios de valor recorrían los canales de las redes cibernéticas con tanta frecuencia como velocidad, a tal punto que, en medio de la vorágine que vivíamos en el país, era virtualmente imposible poner la debida atención y hacer la lectura sosegada de sus opiniones y conclusiones. Esa fue una tarea posterior, ya en condiciones de mayor calma y seguridad personal.

Posiblemente uno de los primeros textos publicados en el exterior, con la rigurosidad que demanda la academia y el profesionalismo, se produjo en Colombia, de la mano del historiador Edgar Velásquez, bajo el título “El golpe de Estado en Honduras”, libro de difícil adquisición por lo limitado de su tiraje y por ser el fruto de una iniciativa editorial más personal que comercial. Al margen de las comprensibles fallas e imprecisiones en ciertos datos históricos, el libro conserva una lucidez admirable y refleja un esfuerzo profesional detallado y consistente. Vale la pena buscarlo y leerlo.

En Argentina fue publicada una provocadora recopilación de textos sobre los sucesos del golpe de Estado, sus derivaciones políticas y el impacto en la seguridad regional. En revistas mejicanas aparecieron análisis dignos de tomar en cuenta, de la misma forma que ha sucedido en varios centros de investigación y universidades de los Estados Unidos.

En octubre de 2010, la Universidad de Oslo, en Noruega, organizó un ciclo de conferencias y debates en torno al golpe de Estado o “golpe de las élites” como acertadamente le llamó uno de los principales diarios de aquel lejano país. Yo mismo asistí en calidad de expositor a esos eventos y pude constatar, no sin cierto desconcierto, el sorprendente interés, casi curiosidad arqueológica, que el golpe de Estado despertaba entre los jóvenes estudiantes de ciencias sociales. Daba la impresión de que Honduras era percibida como una especie de laboratorio social, tan surrealista como distante, en el que podían verse claramente las huellas de los dinosaurios políticos sobre la deshojada arquitectura legal de lo que pretendió ser un Estado de derecho.

Por supuesto, no sólo en el exterior se han publicado trabajos académicos sobre el llamado domingo negro del 28 J. También aquí se han hecho esfuerzos valiosos, traducidos ya en recopilaciones muy útiles, en monografías, colecciones de artículos y documentos de análisis en torno al golpe. Unos cuantos libros, algunos rescatables para una bibliografía seria y bien documentada, han circulado en las escasas librerías de la ciudad. Pero, debemos reconocerlo, todavía hay un déficit de análisis, una deuda de la academia con la sociedad, para aportar estudios más profundos y rigurosos sobre ese fenómeno social que, como ya se dijo, fue capaz de producir más historia de la que podíamos consumir. La tarea sigue planteada.